

REFLEXIONES DEL PRESIDENTE DE LA CEB

Comunión con propósito

Los que han descubierto por primera vez la riqueza de la comunión, los que han descubierto la bendición del compañerismo y de la amistad en la iglesia, después de un encuentro feliz, es frecuente que digan “¿Cuándo nos volveremos a reunir?” “Esto tenemos que repetirlo con más frecuencia”. “Esto nos hace bien a todos”

Sin embargo, después de varias reuniones para charlar y pasar un buen tiempo juntos, es común que poco a poco esa intensidad y emoción vaya decayendo. Los temas se vuelven reiterativos, el ambiente se vicia con algunos comentarios ofensivos que a la larga deterioran las relaciones y ocasionalmente el vínculo se rompe. Muchas veces aquello que comenzó bien termina mal, sin poder identificar a primera vista qué es lo que pasó y por qué.

Lo que ocurre entre amigos, ocurre en las instituciones y diversas organizaciones y sobre todo en la iglesia. De manera tal que, donde se reúnen solamente por estar juntos, sin un propósito claro y definido, la comunión se vuelve insustentable.

La pregunta del profeta Amós “¿Andarán dos juntos, si no estuvieren de acuerdo?” conlleva una clara respuesta, y la respuesta es “No, no pueden andar dos juntos si no están de acuerdo”. Porque el acuerdo implica un propósito común, implica una meta, una visión conjunta. En cambio, los que no están de acuerdo, toman direcciones diferentes, caminos distintos, formas y métodos divergentes, porque sus prioridades, sus gustos, sus anhelos, sus expectativas y su manera de entender las cosas no coinciden con el otro. Y si no coinciden, entonces discuten, se irritan, se enojan y se frustran.

Por eso la comunión que se basa solamente en el voluntarismo o en el deseo de estar juntos no puede subsistir en el tiempo. Y tampoco puede subsistir una comunión que se basa en la necesidad de reunirse, o en la necesidad de compartir unos tiempos juntos de manera libre y espontánea. Porque cuando esa necesidad desaparece por otras prioridades la comunión se resquebraja y desaparece por una sola razón: la comunión carece de propósito.

La comunión que recibimos es una comunión con un propósito, con una meta o un objetivo. La misma palabra “propósito” lo define: Propósito es la determinación firme de hacer algo; es el objetivo que se pretende alcanzar y que requiere esfuerzo y ciertos sacrificios. Y en un nivel más profundo, el propósito de un ser humano es el sentido que le otorga a la vida. Quien soy, de dónde vengo, para qué estoy aquí y hacia dónde voy son algunas de las preguntas que los hombres y las mujeres intentan responder para encontrar el propósito de su existencia. El propósito es aquello que nos mueve a llevar a cabo una acción. Es algo concreto que nos mueve a seguir adelante.

En 2 Tesalonicenses 1:11 dice: “Por lo cual asimismo oramos siempre por ustedes, para que nuestro Dios los tenga por dignos de su llamamiento y cumpla todo propósito de bondad y toda obra de fe con su poder.” Podemos notar como Pablo direcciona su permanente oración por los tesalonicenses para que la salvación que obtuvieron por medio de Cristo Jesús no sea en vano, que los haga dignos de su llamamiento, es decir, que su experiencia con Cristo haya valido la pena, y oraba también para que cumpla sus proyectos, sus planes para hacer el bien, que “cumpla todo propósito de bondad” y no solamente esto sino “cumpla toda obra de fe con poder”.

En su libro “El Reloj Divino de la Oración”, Blake Penson describe el impacto que tuvo en el mundo el movimiento moravo. El movimiento moravo es un claro ejemplo de lo que ocurre cuando un grupo se pone de acuerdo y hacen un pacto. Varios grupos de cristianos de diferentes denominaciones le pidieron al conde Zinzendorf un lugar en sus tierras para vivir, porque habían emigrado allí a causa de la persecución. Zinzendorf les concedió el lugar, pero el grupo

estaba dividido y vivía en conflicto. Así que Zinzendorf dejó su palacio y fue a vivir con ellos proponiéndoles un acuerdo, de orar todos los días. “Todo comenzó cuando todos se pusieron de acuerdo para orar por un avivamiento que comenzó el 12 de mayo de 1727. Cuando descendió el Espíritu Santo, Zinzendorf comentó “Todo el lugar representaba verdadera y visiblemente la habitación de Dios entre los hombres” Allí había descubierto la casa de Dios, el tabernáculo de David. Y a partir de allí 24 hombres y 24 mujeres acordaron orar una hora por día para garantizar una oración ininterrumpida alrededor de la hora del reloj. Y fue un movimiento de oración que continuó por más de 100 años.

En 1792, es decir, 65 años después de esta vigilia de oración, este pequeño grupo había enviado a su misionero número 300 desde su grupo de intercesión. Ese pequeño grupo hizo más por las misiones mundiales, incluso en los lugares más difíciles del planeta, que todos los esfuerzos misioneros juntos de todas las denominaciones.

¿Qué los mantuvo enfocados y unidos por tanto tiempo? El propósito basado en un acuerdo de oración. De esta manera Dios cumplió “toda obra de fe con poder” Y nosotros también podríamos preguntarnos si no debemos también hacer un acuerdo de oración para que podamos llevar a cabo toda obra de fe con poder. Que no sea una cuestión de palabras u opiniones sino una verdadera demostración del poder de Dios, porque el reino de Dios “no consiste en palabras sino en poder.”

En Hechos 11:21-24 leemos: “Y la mano del Señor estaba con ellos, y gran número creyó y se convirtió al Señor. Llegó la noticia de estas cosas a oídos de la iglesia que estaba en Jerusalén; y enviaron a Bernabé que fuese hasta Antioquía. Este, cuando llegó, y vio la gracia de Dios, se regocijó, y exhortó a todos a que con propósito de corazón permaneciesen fieles al Señor. Porque era varón bueno, y lleno del Espíritu Santo y de fe. Y una gran multitud fue agregada al Señor.”

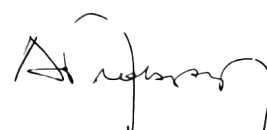
Unos sencillos creyentes, originarios de la isla de Chipre, salieron de Jerusalén a causa de la persecución y cuando llegaron a la ciudad de Antioquía predicaron el evangelio allí con un resultado extraordinario por la cantidad de gente que creyó y se convirtió al Señor. Así que la iglesia que aún permanecía en Jerusalén, y que no tuvo que emigrar, se enteró de lo ocurrido y enviaron a Bernabé para que compruebe si era verdad o no lo que habían oído. Y cuando Bernabé llegó y vio lo que Dios estaba haciendo “los exhortó a que con propósito de corazón permaneciesen fieles al Señor”. Es decir, que todos tengan como objetivo y meta de sus vidas permanecer en la fe, siguiendo las enseñanzas de Cristo. Y eso significaba permanecer en comunión con la iglesia también. Significaba además que, pase lo que pase, de antemano debían resolver “con propósito de corazón” permanecer fieles.

Nos llama la atención que Lucas diga que la exhortación de Bernabé se debía a que Bernabé era un “varón bueno, lleno del Espíritu Santo y de fe”, porque podríamos pensar que si uno está lleno del Espíritu Santo ya no le hace falta nada más. Que si uno está lleno del Espíritu Santo también estará lleno de bondad y lleno de fe, porque el fruto del Espíritu incluye la bondad y la fe. Pero aquí vemos que no es así, porque es evidente que no todos los que están llenos del Espíritu se puede decir que son “varones buenos o mujeres buenas”. Bernabé era un varón bueno porque cuando vio la necesidad en la iglesia, vendió la propiedad que tenía, y entregó todo el dinero a los apóstoles, sin quedarse con un centavo. También cuando vio que nadie en la iglesia quería juntarse con Saulo de Tarso porque desconfiaban de él, Bernabé fue y lo buscó y lo presentó a los apóstoles. Y más adelante, cuando Juan Marcos fue rechazado por inconstante, cobarde e inútil, Bernabé no lo abandonó sino que siguió trabajando con él, hasta que Pablo tuvo que admitirlo escribiendo “trae a Marcos porque me es útil para el ministerio”. Donde otros ven problemas, Bernabé veía posibilidades y soluciones. Bernabé veía a Dios obrando, veía la gracia de Dios y se regocijaba.

Bernabé estaba, además, lleno de fe de tal manera que podía decir a una montaña, “muévete” y la montaña se movería. Estaba tan lleno de fe que creía que si pedía algo a Dios, estaba seguro que ya lo había recibido. Estaba tan lleno de fe que donde otros decían “Aquí falta mucho que hacer” o “esto nos llevará mucho tiempo”, Bernabé decía “Ya está hecho”. Y así afirmaba cosas que muchos que estaban también llenos del Espíritu Santo no se atrevían a decir.

Bernabé entró en el río de Dios y se dejó llevar por su corriente. Él no fue para empezar algo nuevo sino para unirse al lugar donde Dios estaba obrando. Un hombre bueno, lleno del Espíritu Santo y de fe entró en comunión con la iglesia con el propósito de sumar, ¡y sí que sumó! Porque como resultado de su visita “una gran multitud fue agregada al Señor”.

Toda la iglesia fue potenciada porque Bernabé fue con un propósito a Antioquía, y su propósito fue animar para que continúen en el camino que habían emprendido. ¡Que el manto de Bernabé caiga sobre nosotros como el manto de Elías cayó sobre Eliseo! Y que cada uno de nosotros sea conocido como Bernabé por su bondad, por su llenura del Espíritu de Dios y por su fe rebosante, y también que el manto de oración que cayó sobre los moravos caiga sobre nosotros para ser movilizados como lo fueron ellos, porque al fin hemos entendido que nuestra comunión es una comunión con un propósito sublime y eterno.



Alberto Prokopchuk
Presidente